
MORANCHEL

Ejemplar N° 74

Primavera 2016

PRESENTACIÓN

Quienes elaboramos el boletín de Moranchel desde hace ya casi veinte años somos unos verdaderos apasionados del pasado de nuestro pueblo. Nos fascinan las historias que nos cuentan nuestros mayores. Nos encanta documentar ese pasado y dar cuenta de él para que no desaparezca por completo, para que no caiga en el olvido una cultura milenaria al borde de la extinción, como es la cultura que vivieron en el pueblo nuestros antepasados durante generaciones y generaciones, para que la conozcan nuestros descendientes. A quienes elaboramos el boletín de Moranchel nos apasiona despegar páginas acartonadas y amarillentas, ajadas por el paso del tiempo, con los bordes erosionados por la humedad. Nos gusta el tacto de las hijuelas, de las partidas de nacimiento, de los manuscritos u otra documentación escrita en papel apergaminado sobre el que se ha deslizado el tacto de otras manos morancheleras hace quizá cientos de años. Nos encanta descifrar expresiones de otra época, palabras esbozadas con trazos imprecisos o delineadas con caligrafía de pendo-lista, desdibujado ya el negro de la tinta hilvanada con pluma de ave, es para nosotros algo único.

De la misma manera, nos parece algo extraordinario buscar los nombres de nuestros antepasados, confeccionar nuestro árbol genealógico,

remontarnos en nuestros orígenes. Pero lo verdaderamente increíble es encontrarlos, saber que están ahí, que a pesar del paso del tiempo pueden ser rastreados, que no se ha perdido del todo su huella entre los avatares de la historia. Cuando uno investiga y encuentra el nombre de un antepasado, allá por el siglo XVIII o XIX, de alguna manera, por un momento, lo devuelve a la vida, porque nadie muere del todo mientras permanece su recuerdo. Es ésta una sensación muy emotiva para el que lo vive.

A veces, con fortuna, el pasado se asoma a nuestro paso de forma insospechada. En este boletín de primavera hemos incluido dos artículos que tienen esta característica y que esperamos atraigan vuestra atención. En primer lugar, presentamos un artículo que nos ilustra sobre la cercanía del parentesco entre los hijos del pueblo y que se hace presente en los apellidos que complementan nuestro nombre, y que, estableciendo un símil de actualidad, podríamos haber titulado “Ocho apellidos morancheleros”. El segundo artículo trata sobre una peculiar llave encontrada recientemente en Moranchel, hallazgo que nos sirve de coartada para sobrevolar el pasado de nuestro pueblo.

Alberto Díaz Martínez.

TODOS SOMOS PRIMOS: ENDOGAMIA EN MORANCHEL

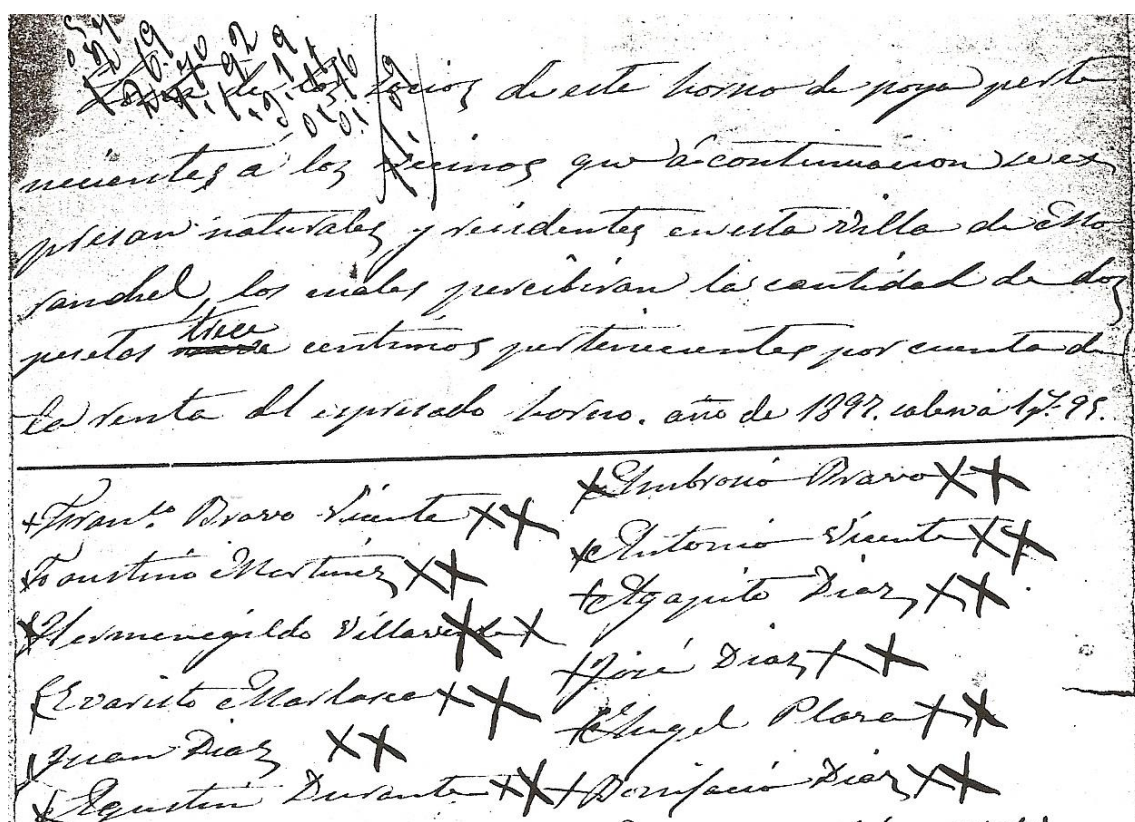
En Moranchel, como en todos los pueblos pequeños, todo el mundo está más o menos emparentado, algunos quizá de parentesco un poco más lejano, aunque muchos se siguen llamando primos, tíos y sobrinos por alejados que estén, como una costumbre ancestral.

Durante siglos, tanto en nuestro pueblo como en el resto de pequeñas poblaciones del país existió una marcada tendencia a contraer matrimonio con vecinos del lugar, por lo que se produjo una significativa endogamia de grupo, creando así innumerables lazos de parentescos entre sí.

La Real Academia Española define endogamia como la "Práctica de

contraer matrimonio entre sí personas de ascendencia común, naturales de una misma localidad o comarca, o de un grupo social".

La endogamia fue un hecho bastante frecuente en las poblaciones de reducidas dimensiones de la geografía peninsular, también por supuesto en Moranchel, donde es raro encontrar familias sin vínculos carnales. En Moranchel la prueba de esta práctica es que los apellidos se repiten y se combinan en sus más diversas formas y la mayoría de los hijos del pueblo cuentan con alguno de los ocho apellidos dominantes: Díaz, Martínez, Vicente, Bravo, Villaverde, Durante, Carrasco y Plaza. (Ver boletín nº 55).



Documento de los socios del horno de poya de Moranchel de 1897 con diversos apellidos del pueblo.

Y es que en Moranchel, como en la mayoría de los pueblos de la comarca, se prefería el matrimonio con personas del propio caserío antes que con forasteros. Alrededor de esta costumbre existen numerosos dichos como, por ejemplo, *“quien casa en tierra extraña o va engañado o engaña”*. Existía una poderosa razón económica detrás de esta preferencia. En Moranchel, la permanente división del patrimonio familiar entre los herederos hacía que cada hijo recibiera muy pocas tierras, y, en consecuencia, buscarse pareja dentro de la propia aldea. De esta forma, entre los cónyuges reunían una pequeña hacienda sobre la que sentar las bases de su hogar. Casarse con alguien de fuera hubiera supuesto hacer el comienzo más difícil de lo que siempre es.

Aquellas personas que no contraían matrimonio con vecinos del propio Moranchel solían hacerlo con natu-

rales de los pueblos aledaños: Las Inviernas, El Sotillo, Masegoso, Solanillos, etc. A esta práctica de casarse con forasteros se denomina exogamia por contraposición a endogamia. Hay que decir que en Moranchel, desde que existe constancia y hasta la emigración generalizada a las ciudades en las décadas de los sesenta y setenta, los matrimonios con forasteros fueron mucho menos frecuentes que los concertados con morancheleros.

En torno a los noviazgos con forasteros existía en Moranchel una costumbre, ya en desuso, que es el pago de la “contenta”, que en otros lugares y en el nuestro en fechas más recientes se llama “patente”, y que consistía en hacer pagar al forastero por seducir a una moza del pueblo un convite, una especie de tributo en especie. En caso de que el forastero se negase a pagar esta tasa o se hiciese el remolón podía acabar en el pilón.



Boda de Narcisa Bravo Bravo, natural de Moranchel, y Marcelino, natural de Trillo, en la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de la localidad ribereña del Tajo en la década de los cincuenta. Los apellidos de Narcisa denotan una endogamia frecuente en muchas personas del pueblo.

Como consecuencia de la preferencia de buscar pareja en el mismo pueblo, casi todos los morancheleros acabaron siendo familiares en mayor o menor grado de consanguinidad o afinidad. Los lazos familiares se multiplicaron indefinidamente, abarcando el parentesco a la casi totalidad de los habitantes de Moranchel. Máxime teniendo en cuenta que el nuestro siempre fue un pueblo pequeño, en el que la población solamente superó los dos centenares en una fecha tan cercana como el primer tercio del siglo XX, es decir, tres o cuatro generaciones atrás. Y cuanto más pequeño el pueblo, más probabilidades de ser parientes.

Por ello, en el pasado fueron bastante habituales los noviazgos entre jóvenes con algún grado de parentesco y los matrimonios entre primos segundos e incluso entre primos hermanos no fueron en absoluto una rareza. Si bien, fueron más abundantes los matrimonios entre primos segundos que entre primos

carnales o primos hermanos. Hay que tener en cuenta que, en general, es mucho mayor el número de primos segundos que el de primos hermanos que tiene una persona.

El hecho de ser familia, aunque sea lejana, implica que compartimos antepasados. Si imaginamos nuestro árbol genealógico, cada uno de nosotros tiene dos padres (padre y madre), cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos, doblando en cada generación el número de los ascendientes de la generación precedente. De tal forma que, una persona nacida en 1975, hacia 1850, en su árbol tendría a 32 antepasados. Aquí hay que añadir que en el Moranchel de mediados del siglo XIX había únicamente 18 vecinos o 58 almas, como señala el Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar de Pascual Madoz, por lo que es más que probable que varios de ellos sean antepasados de los morancheleros del presente.



Diagrama de relaciones en el caso de matrimonio entre parientes de cuarto grado: primos hermanos.

Los árboles genealógicos de los hijos del pueblo se van entrelazando conforme se remontan generaciones; más que un árbol parecería una mata de encina de las del monte de las que nunca se han podado, donde las ramas de un tronco se confunden con las de al lado, como un conjunto enmarañado.

Con ser el matrimonio entre parientes una costumbre bastante extendida en Moranchel, nunca se llegó a una endogamia preocupante como la de los Habsburgo, que se casaban tanto entre primos y entre tíos y sobrinas, en este caso para proteger su patrimonio y su poder, que provocó problemas de salud causados por la consanguinidad. Por ejemplo, el príncipe Carlos de Austria, hijo del rey Felipe II y su primera esposa María de Portugal, que eran primos por partida doble, so-

lamente tenía cuatro bisabuelos (en lugar de los ocho naturales) y seis tatarabuelos (en lugar de dieciséis).

Para combatir los problemas causados por la consanguinidad, en las sociedades que tienen su origen en la cultura judeocristiana, como la nuestra, se prohíben los matrimonios entre hermanos y se limitan los matrimonios entre primos. En tiempos, la Iglesia católica romana llegó a prohibir matrimonios entre primos hasta el séptimo grado de consanguinidad, pero se consentían previa solicitud de una dispensa de impedimentos matrimoniales por consanguinidad o afinidad. De manera que la Iglesia estableció la prohibición de las uniones entre parientes colaterales próximos, pero también las fórmulas para, excepcionalmente, saltarse la norma.

Contrato matrimonial entre Anastasio Plaza Bravo y Leoncia Bravo Plaza de 1898. Los apellidos de los cónyuges delatan la proximidad del parentesco, ambos son primos hermanos, por lo que sin duda tendrían que abonar la correspondiente dispensa.

En 1917 se redujo el límite de la prohibición hasta el matrimonio entre primos segundos, disposición que estuvo vigente hasta el año 1983, si bien era obligatorio el pago de dispensa para matrimonios entre primos hasta el sexto grado.

Aquí corresponde hacer un inciso para aclarar este asunto de los grados, y es que para medir los grados de consanguinidad hay que tener en cuenta el número de generaciones interpuestas en el árbol genealógico. Así, la relación padre-hijo es de primer grado, mientras que la de abuelo-nieto es de segundo grado. También se diferencia entre:

- Línea directa: se llama así a la constituida por la serie de grados entre personas que descienden una de otra.
 - ascendente (progenitores, abuelos, etc.).
 - descendente (hijos, nietos, etc.).
- Línea colateral: es la constituida por la serie de grados entre personas que no

descienden unas de otras, pero que proceden de un tronco común (hermanos, tíos, primos, etc.).



Parejas de novios de Moranchel hacia 1945; el segundo joven por la izquierda es de Las Inviernas, el resto todos del pueblo (Cuadernos de Etnología de Guadalajara nº 42. La idiosincrasia de Moranchel (II): Fotos con Historia).

Para medir los grados de la línea colateral se sube hasta el tronco común y después se baja hasta la persona con quien se hace la cuenta. Por esto, el hermano dista dos grados del hermano, tres del tío, cuatro del primo hermano, y así en adelante.

Los parientes no consanguíneos son aquellos que no presentan un vínculo de sangre, pero que son parientes por un vínculo legal: matrimonio o adopción. A esta otra relación de parentesco se le denomina afinidad.

La prohibición eclesiástica contra los matrimonios entre primos topó

en los pueblos pequeños con la realidad de la escasez de población, por lo que fueron numerosos los casos obligados a solicitar dispensa. Por dispensa se entiende una acción ejecutiva por la que una autoridad legítima "relaja" o deja sin efecto una ley eclesiástica vigente en un caso particular. En relación al tema que nos ocupa, se deja sin efecto el impedimento que se opone a la unión de ciertos parientes "de sangre" o consanguíneos, como los primos hermanos, o los primos segundos. La autoridad competente para conceder la dispensa de casi todos los impedimentos es el "Ordinario del lugar", o sea, el obispo diocesano y sus vicarios.



Grupo de escolares del curso 1915-16: Prácticamente todos los escolares tienen al menos uno de los ocho apellidos dominantes y en al menos 31 de los alumnos se conjugan dos de dichos apellidos (ver boletín nº 16).

La causa más habitual alegada para solicitar la dispensa por el matrimonio entre primos fue sin duda la del pequeño tamaño de la población o la estrechez del lugar, que se define como: "Limitado tamaño de la localidad (*restrictio loci*), que se considera absoluto cuando el pueblo tiene menos de 1500 habitantes (o menos de 300 familias) y la proporción de parientes es tan elevada que hace imposible a la contrayente encontrar un marido de su misma condición social con quien no esté emparentado, siendo además muy difícil para ella trasladarse a otro pueblo". A menudo se utilizaba esta causa junto con otras, como, por ejemplo, el llevar largos años de noviazgo que, de romperse, traería gran perjuicio a la novia, a quien sería difícil volver a encontrar pretendiente.

Por supuesto, la dispensa llevaba consigo el pago de las tasas establecidas, así como los gastos de tramitación.

Abundando en este asunto hemos acudido a las *"RESPUESTAS DE MORANCHEL AL CUESTIONARIO DEL ATENEO, RECOGIDAS EN EL AÑO 2002"*, elaborado por Teresa Díaz Díaz, donde se dice lo siguiente:

Con respecto al matrimonio y al noviazgo:

Si son frecuentes los enlaces entre parientes.

Si, entre primos y tenían que pagar la dispensa, en los años cuarenta era de trece duros.

Caso de que el novio sea forastero.

Si es frecuente que ocurra este caso.

No era muy frecuente, pero existían algunos casos.

Si es costumbre que los mozos impongan un tributo al novio forastero (pino, cantarada, patente, etc.,) y si se hace también con los del pueblo.

La segunda o tercera vez que venía a ver a la moza, el Alcalde de los mozos reunía a los demás para decirles que el domingo (que era el día que solía ir el forastero a ver a la novia) tenía que pagar la "contenta", que consistía en una merienda para todos los mozos; si no era así, la noche de bodas le daban la cencerrá, pero anteriormente se le había hecho alguna perrería para que pagara; se le obligaba a pagar.

Si el novio es forastero, cuándo y cómo se lleva a la novia, quiénes le acompañan; ceremonias a la entrada de la novia en casa del novio.

Si el novio era forastero y no había pagado la "contenta", se le daba una cencerrá.

En lo relativo a las amonestaciones:

Si existe la costumbre de publicar las proclamas en otros sitios además de en la iglesia y, en caso afirmativo, solemnidades de esta publicación.

Se llamaba al cura para comunicarle la fecha de casamiento y en la sala de la casa de la novia tomaba datos y cumplía las amonestaciones, ver si eran primos y tenían que pagar dispensa.

En definitiva, las uniones entre primos carnales, segundos o terceros fueron muy habituales en el pasado en Moranchel por ser un pueblo pequeño y por la preferencia de buscar pareja dentro del mismo, así que, aunque nos cueste admitirlo, todos somos familia, aunque sea primos lejanos...

Alberto Díaz Martínez.

LA LLAVE. (Del latín *Clavis*.)

Una llave es un instrumento cotidiano e indispensable, que sirve para abrir y cerrar puertas, cajas, cajones, joyeros... Introduciendo la llave en la cerradura y girando se abre paso a cosas u objetos que se pretenden proteger, sin la cual no podríamos acceder a nuestra casa, al coche, etc.

Pues eso, algo tan cotidiano como una llave ha sido encontrada hace pocos meses por un vecino de Moranchel, cavando en el arrenal de su hermana, su dueña actual, heredera de la finca de sus padres, que fue a la vez de sus abuelos, y, de sus tatarabuelos y así sucesivamente, lo que significa que esta llave perteneció a una puerta, posiblemente de ese mismo arrenal de sus antepasados, sita en la calle Real Baja, 6 de Moranchel.

Pero, ¿de qué hablamos, de una llave?, Sí de una llave, pero de una llave diferente, original; lo curioso de esta llave es que se abre por la zona del medio, separando cabeza y cuerpo y es precisamente esta curiosidad la que nos ha llevado a investigar sobre el origen de la llave en general y así poder llegar a obtener alguna información sobre ésta llave tan particular:

Ya desde tiempos antiguos se sabe que utilizaron mecanismos de este tipo. Su invención se atribuye a los egipcios hace 4.000 años, otros se lo otorgan a los chinos y otros a Teodoro de Samos en el siglo VII a.C. aunque con toda probabilidad se usaban mucho antes.



Llave cerrada.

Las primeras cerraduras y llaves eran de madera y hasta el siglo X en Europa la mayoría de viviendas tenían cerraduras y llaves de madera. En algunas zonas de España han sobrevivido hasta nuestros días en hórreos, bodegas y cabañas. Aunque griegos y romanos ya conocían y usaban las cerraduras metálicas, pero debido a su coste, las más usadas eran de madera y solamente en las casas ricas usaban las metálicas.

La evidencia más antigua de un candado fue encontrado en la ciudad de Nínive, Mesopotamia. En el Antiguo Egipto su uso estaba reservado exclusivamente a los ricos, sin embargo en la Grecia Clásica se estandarizó su uso. Allí se dice que fue Teodoro de Samos quien desarrolló una versión de llaves y cerraduras en el siglo VI a. C., sin saber de la existencia de la invención egipcia, según cuenta el escritor romano Plinio el Viejo.

Existe la creencia de que las primeras cerraduras eran grandes cajas metálicas que necesitaban para abrirse llaves de hierro muy grandes y pesadas, lo que solamente es cierto en parte, porque también se utilizaron llaves pequeñas para tapaderas de cajas pequeñas, como joyeros u otro tipo de muebles. Seguro que había una cierta relación entre la importancia de la puerta y el tamaño de la llave. Sin embargo, durante el siglo XX se ha producido una evolución muy importante en el diseño de nuevos sistemas de cierre de puertas que ha dado origen a una gama de llaves muy variada.

La mayoría de las llaves antiguas o clásicas son metálicas, bien de acero o bien de aluminio. En general constan de una parte ancha, en

forma más o menos redonda u ovalada, con o sin perforaciones, que sirve como apoyo para manejarla, y de un vástago con diversas muescas, estrías o paletas que forman un código más o menos complicado, de modo que la cerradura a que se destinan solamente pueda abrirse con ella u otra que tenga el mismo código.

Las acanaladuras, tanto en el vástago como, en su caso, en la paleta, forman un primer paso del código, puesto que impiden que otras llaves, con acanaladuras distintas, puedan introducirse en la cerradura. El segundo código viene dado por las muescas, que levantan o mueven una serie de levas de distinta longitud que, cuando coinciden, permiten girar la llave liberando el mecanismo de cierre. Para manejarla tenían una pieza generalmente en forma de anillo, circular u ovalado, del mismo material. Este anillo servía además para permitir colgarla de un llavero para su transporte.

Los arqueólogos han datado en más de 4,000 años las cerraduras encontradas en el templo de Sargon II en Khorsabad al norte de Irak (se halló una llave de madera de 1,2 metros que data del siglo VIII a. C. Se trata de una especie de palanca parecida a un gran cepillo de dientes con varios pernos en un extremo), en la tumba de Luxor o representadas en los frescos de Karnak. Cerraduras similares se fabricaron en Zanzíbar; África, en las islas Faroe al norte de Escocia, en Nueva Guinea y otros lugares del mundo. Este invento se generalizó en un período corto de tiempo, puesto que, en el mundo antiguo, se han hallado cerraduras desde el Japón hasta Escandinavia.

Los etnógrafos han encontrado en toda el África Negra, desde Argelia hasta Zaire, en Asia y en Oceanía, numerosas variantes de las cerraduras egipcias. Los romanos crearon asimismo un sistema de seguridad en los cierres: la vuelta de llave y también son los creadores de la "miniaturización", pues consiguieron disminuir el tamaño de las llaves de forma sorprendente.

Numerosos museos conservan colecciones enteras de llaves romanas de bronce o de hierro. Pocos, sin embargo, disponen de cerraduras completas. Las que se han venido a llamar cerraduras "romanas", aunque hayan sobrepasado ampliamente los límites geográficos e históricos del Imperio Romano, funcionaban por deslizamiento de la llave. El pestillo, inmovilizado por el saliente de un muelle, liberaba hasta que la llave, atravesándolo, levantaba ese muelle. Podía entonces, desplazándose, arrastrar el pestillo con ella.

Se han descubierto en las ruinas de Pompeya cantidad de cerraduras y llaves, pero también una llave reducida, posiblemente una llave maestra o una gonzúa de apertura. Esta técnica permite, en efecto, a una llave menor que la verdadera, abrir.

En la Edad Media, los artesanos diseñaron cerrojos con un detalle exquisito, aunque los relieves y perforaciones no tenían a menudo relación con su funcionamiento. Sin embargo, con la excepción del desarrollo del cerrojo de pestillo, poco se hizo para mejorar el rendimiento y conveniencia de los cerrojos hasta finales del siglo XVIII. En el siglo XIX se mejoró el cerrojo de pestillo. Se inventaron y perfeccionaron los cerrojos de palanca o cla-

vija, los cilíndricos o de dientes de clavija y los cerrojos sin llave.

Con el tiempo las llaves fueron evolucionando. Cambiaron sus diseños y sus formas, ofreciendo cada vez más seguridad y algunas hasta se hicieron numeradas y, supuestamente, las cerraduras eran inviolables. El desarrollo posterior se ha centrado en la producción en serie, la mejora de los materiales y el incremento en la complejidad de los mecanismos de funcionamiento.

El inicio del fin de las llaves llegó cuando la electrónica irrumpió en el mercado de las llaves y aparecieron las cerraduras codificadas, por eso las llaves antiguas se han convertido en objetos de colección, pero independientemente de su valor monetario, también encierran misterios, secretos guardados durante años, libertades y deseos, sin embargo su proliferación se ha producido recientemente, a lo largo del siglo XX.

También es importante reseñar que un dibujo que incluya llaves, cerraduras o candados suele tener el significado de "protección".

Y así, preguntando e investigando nos enteramos que en Moranchel hace 90 o 100 años, no se cerraban todas las puertas, pero las que se cerraban porque se quería proteger algo, sí que tenían su cerradura y su llave, la cual casi siempre era un mecanismo grande que se abría con una llave hueca, pero muy grande también, esto me lleva a insertar una curiosidad a algo tan cotidiano o que ya desechamos porque no nos sirve: Una llave antigua que mide unos 15 cm., vemos en internet que se vende por 120 euros.



Llave abierta.

Nuestra llave mide en total 10 cm., la cabeza abierta 5 cm y medio, la misma medida que la otra parte. Cuando está unida su apariencia es de una llave normal, cuando se separa parece ser que el extremo de la pala quedaba dentro de la cerradura y te podía llevar la cabeza, la cual en su extremo termina en una llave de cuadradillo hembra de 4 mm.

Al ver la poca información que tengo sobre este tipo de llave, he tenido mucha paciencia y he buscado en Internet para ver si encontraba algo parecido, pero no he obtenido resultados, lo que incrementa su misterio.

Escribo todo esto con la llave en la mano, cortesía que me ha concedi-

do su dueña y que agradezco mucho, ya que sentir la fuerza del hierro, su magnetismo, me ha llevado a explayarme de esta manera.

También tengo la confianza que al ver las fotografías con el detalle de la llave, alguien recuerde algo más y nos lo haga saber y así todos aprendemos.

Teresa Díaz Díaz.